
Democracia y emancipación

Sami Nair

Desde la revolución industrial del siglo XIX, la democracia se ha vuelto una especie de panacea universal; todas las sociedades modernas, por muy complejas y económicamente desarrolladas que sean, se refieren a ella y van afinándola a través de sus luchas sociales. Si fuera menester dar aquí una definición sumaria pero sustancial de la democracia, podríamos decir que no se reduce ni a la mera libertad de expresión, de opinión o de organización, ni aun a la autonomía del individuo para con el Estado, sino más bien a *la libre disposición* del poder en el sistema social. La democracia ante todo radica en que la totalidad de los sujetos de una formación social dada pueda disponer del poder; esta disposición es formalmente igualitaria, pero en la realidad social está repartida desigualmente: depende, en verdad, de la posición que los diferentes sujetos sociales ocupen en la esfera de las relaciones de producción y en la organización general del poder social, en particular en su forma estatal. Basándose en el principio de igualdad (bajo su forma abstracta o concreta), la democracia corresponde, pues, a una repartición, una diseminación, una extensión de los lugares de poder en el sistema social. Maquiavelo, en sus *Discorsi*, ya había recalcado este aspecto esencial de la democracia.

Referencia clave para el desarrollo autónomo y equilibrado de las sociedades modernas, la democracia así concebida implica la liberación de la totalidad de las distintas esferas que estructuran la sociedad. Todas estas esferas, aunque articuladas entre sí, en la sociedad democrática están basadas en el principio de la competencia: para la conquista del poder del Estado entre los partidos, para la dominación económica entre los capitales, para la conquista de ventajas y de bienes materiales en el campo social, para el dominio y la hegemonía en el campo ideológico-cultural. Así, la sociedad capitalista moderna aparece como un amplio espacio donde se despliega una multitud de competencias.

Si el capitalismo se afirma como el sistema que, de manera paradójica, soporta mejor y más intensivamente tal multiplicidad de competencias, no es porque sea de por sí consustancial

a la democracia (J. Schumpeter, uno de sus más brillantes defensores, demostró lo contrario), sino porque como modo de producción de la economía fomenta desigualdades, pues las diversas competencias tienen lugar entre actores no sólo diferente sino desigualmente dotados en términos de recursos, de potencia y de poder; y esto a pesar de que todos están sometidos a una misma ley. Si bien el capitalismo implica la libertad (de la producción, de los intercambios), también genera la desigualdad, que es su propia esencia. Pero la actividad democrática hace posible en este sistema la expresión de tal desigualdad, porque la libertad que se les reconoce a los sujetos sociales puede afirmarse por el derecho a la denuncia y a la lucha contra esas mismas desigualdades. Ésta es, principalmente, la razón por la que la democracia, inclusive formal, no se reduce al mero capitalismo. No cabe duda de que éste encuentra en ella uno de sus modos de funcionamiento privilegiados, pero también es amenazado por esta democracia, ya que ella hace posible la elucidación pública y polémica de las contradicciones en que está basado. Por eso el capitalismo —o sea, las clases dirigentes, sus partidos y sus organizaciones de lucha— elabora estrategias que tienen por objetivo, ya sea vaciar a la democracia de su contenido crítico público, ya sea destruirla sin reparo. En el primer caso, como lo demostró de manera excelente J. Habermas, principalmente en *Raison et légitimité*, se trata en general de desviar la crítica contra la esencia del sistema por la formación de una opinión pública estructuralmente despolitizada, es decir, centrada sobre todo en los intereses privados, en oposición a los intereses colectivos de los sujetos sociales dominados. En el segundo caso, el capitalismo puede, en situaciones de lucha de clases exacerbada, recurrir a la mera dictadura: basta para convencerse de ello recordar las relaciones entre el gran capital, el fascismo y el nazismo, u hoy en día las relaciones entre transnacionales y ciertas dictaduras del Tercer Mundo.

Es esta articulación entre libertad y desigualdad la que permite decir a Karl Polanyi, en *La grande transformation*, que el sistema capitalista es estructuralmente utópico, esto es, que no puede alcanzar la armonía de los sujetos iguales, puesto que suele ser combatido, contradicho y a la vez consolidado por los medios que utiliza para lograr sus fines.

El fundamento de la desigualdad propia del capitalismo es la oposición conflictiva entre capital y salariado. Sin duda, he aquí el contenido de verdad insuperable del análisis de Marx, pero no cabe por eso diluir esta verdad en cualquier metafísica de la historia, ya que de esta oposición entre salariado (concepto que, desde luego, es mucho más amplio que el de productor de plusvalía) y capital no resulta, pese a lo que había profetizado el mesianismo revolucionario, ninguna misión histórica de ninguna clase que fuese. Entre las clases sociales aferradas a la

contradicción salariado-capital hay principalmente el conflicto, la lucha, la resistencia, la derrota o la victoria de los intereses presentes. Son los grupos de intereses, las corporaciones, los sindicatos y los partidos políticos los que asientan, cada uno a su manera, esta contradicción en un horizonte histórico y tematizan, con la ayuda de la *intelligentsia*, lo que F. Lyotard llama "los grandes relatos organizadores del porvenir" (liberalismo, socialismo, comunismo, etcétera) para unos y otros.

Ahora bien, el socialismo se afirmó filosófica y políticamente como la tentativa más profunda de resolución de las contradicciones propias del capitalismo. Esquematizando rápidamente, diremos que apareció bajo dos formas históricas: por una parte, como teoría y práctica de la transformación gradual del capitalismo; por otra, como teoría, estrategia y práctica de la ruptura radical con este mismo sistema. Vía reformista o vía revolucionaria, vía electoral o vía insurreccional, alternancia aceptada o dictadura, tales han sido los dilemas del movimiento obrero internacional.

No cabe aquí entrar en el análisis de los argumentos que legitiman una y otra estrategias. Basta decir que en el centro de esta gran discrepancia había y sigue habiendo el problema de la democracia, o más exactamente, el problema de las condiciones de utilización del sistema democrático. Ahora bien, las dos estrategias, respecto a la historia y a los problemas económicos y sociales de este siglo, han fracasado en parte delante del capitalismo o delante de la burocracia estatal.

La vía gradual, reformista, respetuosa de las formas de la competencia política en el capitalismo avanzado, no ha sabido iniciar una modificación estructural en profundidad de este sistema. En cambio, ha contribuido de manera considerable a mejorar la suerte de las clases desfavorecidas, particularmente al hacer posible, sobre la base de un verdadero compromiso histórico, la regulación del capitalismo. La transformación del sistema, en esta perspectiva, está prácticamente abandonada. El verdadero problema de los partidos socialistas viene a ser, entonces, el de la adecuación entre su discurso y su práctica, pues los políticos profesionales de izquierda rivalizan con sus adversarios en una sola y decisiva cuestión: ¿quién administra mejor y con más humanidad el capitalismo? La concepción política en que se asienta esta práctica está muy clara: se trata de sustituir la lucha de clases por la solidaridad y la compasión hacia las capas sociales desfavorecidas, de oponer al liberalismo salvaje una estrategia de regulación social por el Estado.

Que quede bien claro el propósito expuesto aquí: de ninguna manera se trata de condenar tajantemente esta estrategia; es en realidad, al fin y al cabo, el resultado de cierta formación de la opinión pública. Todo indica, en efecto, que las clases y las capas sociales que otorgan su



confianza a los partidos gradualistas no están preparadas, en el contexto del capitalismo avanzado, a correr el riesgo de una transformación social donde tendrían que asumir, sin duda, una modificación de la estructura de intereses, pues toda modificación social implica, en un primer tiempo, sacrificios materiales, inclusive para las clases desfavorecidas. Como la economía nacional está ligada de parte a parte a la economía internacional, la producción queda integrada en la división internacional del trabajo; toda transformación interna de las relaciones de producción se expone a los ataques de los oligopolios internacionales. La estrategia de los partidos gradualistas se elabora, por tanto, en un mundo muy apremiante, lo que explica en gran parte su estancamiento.

Para que estos partidos pudieran efectivamente transformar el sistema con alguna posibilidad de lograrlo, tendrían que ser capaces de poner en práctica dos condiciones: a) otro tipo de apoyo por parte de la opinión pública, basado en una estrategia política de hegemonía cultural sobre la sociedad, y no sólo electoral; b) otro modelo de desarrollo económico y social que fuese realmente de alternativa al capitalismo en cuanto a modos de vida, estructura de las necesidades, consumo y ambiente natural. Huelga decir que los partidos gradualistas carecen de todo esto.

En cuanto a la segunda vía, la revolucionaria, en realidad no se le conoce ejemplo en los países del capitalismo avanzado; en cambio,

está claro que la revolución bolchevique había abierto, en el umbral de este siglo, un campo de experimentación considerable y había suscitado una fabulosa esperanza entre las clases oprimidas. Pero la experimentación se mudó rápidamente en momificación burocrática, y la esperanza, en desesperanza absoluta. Muy pronto se hizo "la medianoche en el siglo", según dijo Víctor Serge.

Tampoco se trata aquí de entrar en el análisis de lo que se produjo en la Unión Soviética, y sin dejar de rechazar los enfoques muchas veces dogmáticos en términos de totalitarismo, cabe recalcar que la revolución social de 1917 se transformó en su contrario: en contrarrevolución estatal, expresión de un sistema políticamente dictatorial, terrorista y totalmente ineficaz en el plano económico. Desde este punto de vista, la dictadura estalinista, y también sus sucedáneos después de la desaparición del dictador, fueron sin duda alguna los golpes más duros asestados al proyecto revolucionario del socialismo.

De la misma manera, en los países del capitalismo avanzado los partidos comunistas fuertes (Italia y Francia) no supieron hacer creíble una estrategia de transformación social. Así, el Partido Comunista Francés nunca supo elegir entre una estrategia de ruptura y una función parlamentaria, lo que le valió una considerable baja de influencia cuando se presentaron los plazos del poder. De igual manera, el Partido Comunista Italiano, que había centrado su estrategia en un hipotético compromiso con las fuerzas conservadoras, creó por eso mismo un espacio de colaboración de clases, inclusive en el plano de la opinión pública, donde el Partido Socialista Italiano, mejor provisto para el caso, se metió sacando los principales beneficios.

Sea lo que fuere, los proyectos articulados por los partidos comunistas occidentales aparecen en estos últimos años como muy a destiempo respecto a las expectativas de la opinión pública.

A raíz de estas constataciones, por cierto demasiado rápidas, cabe volver a definir algunos principios básicos de la democracia. La herencia de la democracia burguesa, formal, es de una importancia decisiva. Si a la democracia burguesa la mina la desigualdad económica y social, si su funcionamiento dentro del sistema capitalista tiene el doble objetivo de preservar esta desigualdad y de enmascararla, también es verdad que el mecanismo democrático basado en la libertad individual de expresión y de organización es un logro fundamental en la historia de la emancipación humana, y que en adelante resulta imposible ponerlo en duda sin correr los mayores peligros.

Se pueden tomar en cuenta tres grandes orientaciones:

1. Por una parte, no cabe renunciar a la emancipación humana, aun si no se tiene ninguna certeza acerca del porvenir. Los grandes rela-

tos organizadores del porvenir hoy en día son caducos; no hay sistema preconcebido al que se debería adaptar la realidad. Sólo la lucha por la liberación de los hombres respecto a las servidumbres económicas, lo mismo que respecto al poder, es el vector de una praxis emancipatoria. Obvio es destacar que la lucha por el respeto a los derechos humanos, las apologías de la democracia formal, para ser efectivas han de integrarse, y no sustituir, al proyecto de la emancipación humana. En un mundo laicizado, cualquier renuncia a un futuro de liberación y desentramado conduce a un retorno de los integristos religiosos o a la dominación total del pragmatismo cínico de los políticos profesionales.

2. Por otra parte, el problema esencial de la democracia es su relación con el mercado; también es lo más difícil, ya que concierne a la organización de las relaciones de producción. Reducido a sí mismo, el mercado es fundamentalmente autodestructor (véase a K. Polanyi). La lógica de la reposición permanente de las mercancías, de la competencia en la que se articula, de los cambios tecnológicos incansables determinados por la acumulación del capital —en breve, del proceso de valorización global—, hacen que a la lucha de los capitales múltiples (Marx *dixit*) la determine la estructura oligopólica de la economía. El mercado no puede ser democrático, porque los oligopolios introducen en el mecanismo de la competencia un disfuncionamiento estructural que actúa en favor de los más fuertes. Marx, luego Max Weber y hasta Schumpeter recalcaron este punto.

La finalidad del mercado capitalista no es el bienestar social, sino el provecho y la reproducción del sistema con objeto de acrecentar este provecho. De ahí una consecuencia decisiva sacada a luz por Marx, pero analizadísima con mucha fuerza por K. Polanyi: *la sociedad está sometida al mercado y este mismo está sometido al provecho*. La mejora de las condiciones de existencia es, pues, mediatizada por la realización del interés y del provecho, los cuales suponen y acarrearán la desigualdad social. La democracia, por tanto, sólo tiene la posibilidad de realizarse si las fuerzas sociales dominadas son portadoras de una concepción de la economía y del mercado basada en *la sumisión* del mercado a la sociedad. El porvenir de la democracia cabe, pues, en una interrogación: ¿estamos condenados a sufrir eternamente las leyes de un sistema de mercado, autónomo respecto a la sociedad, que la domina como una potencia abstracta, omnipotente y extranjera, o tenemos la voluntad de invertir el proceso histórico, subordinando la producción de riquezas al desarrollo de la sociedad? Esta pregunta es decisiva, no sólo desde el punto de vista de una teoría democrática de la emancipación, sino también porque hoy la extensión salvaje de la producción energética propia del sistema capitalista, y también del sistema estatal-burocrático de los países del Este, amenaza a la naturaleza y al ambiente (recuér-

dense Chernobyl y Bhopal).

Por otra parte, la actual revolución tecnológica es ambivalente: es portadora de consecuencias sumamente negativas si queda limitada solamente en el marco de las relaciones de producción capitalistas, pero también las consecuencias pueden ser sumamente positivas si aquella se conjuga con una transformación de las relaciones sociales. Lo que caracteriza esta revolución es, más allá de la ideología de la modernización, una transformación y una reducción de la cuota de trabajo humano en la producción de las mercancías. El papel de la producción de plusvalía tiende a modificarse. La consecuencia de esto, en el contexto del capitalismo avanzado, no es la atenuación de las condiciones de explotación, sino, por el contrario, el dejar desempleada a una gran parte de la población y, por tanto, el acrecentamiento de la miseria y de la pobreza dentro del mismo sistema. Ahora bien, no puede haber democracia si una parte de la sociedad está excluida de ésta. En cambio, la reducción del tiempo de trabajo, la democratización de las relaciones de trabajo, pueden ser los medios por los que esta revolución tecnológica se volviera una oportunidad para la democracia y la emancipación social.

3. Reorganizar el trabajo, liberar el tiempo social, cuidar el equilibrio ecológico, someter el mercado a la sociedad, tales podrían ser las tareas de la superación democrática del capitalismo hacia una sociedad donde la socialización y la responsabilidad humana serían dominantes. Una superación en el sentido alemán de *Aufhebung* (conservar al superar). La libertad de las personas y de los grupos, la libertad de expresión y de organización, la democracia como sistema de intercambio de argumentos con objeto de reducir las esferas del poder autoritario y burocrático en la sociedad, tales son los contenidos de lo que es imperativo conservar en el proceso de transformación social.

Aquí no deja de plantearse un problema que sería peligroso ocultar: ¿cómo ha de hacerse la transición hacia más democracia frente a la resistencia de las capas sociales privilegiadas? Sería conveniente pensar de nuevo, totalmente, el concepto de soberanía popular, y esto por oposición tanto a las capas privilegiadas como a las estructuras políticas partidarias que tienen una propensión a incautarse el debate político. La soberanía popular tendría que elaborarse sobre la base de un debate-intercambio de argumentos y sedimentarse en la formación de un compromiso; en consecuencia, no se puede prescindir de una multiplicidad de puntos de vista, el disenso sirviendo de punto de arranque al consen-

so político. Pero en realidad hay dos formas de consenso. El primero, que es el más común en todas las democracias modernas, es un consenso *blando*; está basado en una estrategia que consiste en evitar los conflictos, por tanto, en negar la reducción del poder de las capas y clases privilegiadas. Conduce a reproducir las desigualdades dominantes, a ensanchar el foso entre representantes y representados, a crear una crisis de legitimidad del sistema político en una opinión pública ampliamente despolitizada. Resulta que este consenso, producto de la manipulación electoral, genera su contrario: el disenso real y permanente, que no sólo está al principio de la competencia, sino también al final de la discusión.

El segundo, que se podría definir como consenso *duro*, está basado en una estrategia democrática de enfrentamiento y de resolución de los conflictos; implica la recomposición de la opinión pública, su politización, y se orienta hacia la reducción del poder del Estado sobre la sociedad, de las clases y capas privilegiadas sobre las clases dominadas, de los representantes sobre los representados. Su finalidad es la transformación social a partir de la regla estratégica según la cual toda conquista ha de hacerse democráticamente y con el apoyo de la mayor parte de la población (constando que, como lo dice John Rawls, lo que quiere la mayoría no es necesariamente justo).

En estos pocos principios se reconocen los elementos de una teoría de la democracia de participación; C.B. Macpherson, en su *Democratic Theory*, desarrolló con mucha más precisión este enfoque. Al reanudar con una perspectiva radical y socialista, dicho enfoque puede ser la nueva vía que supere a la vez el capitalismo generador de desigualdades y el socialismo burocrático despótico. Pero no debemos disimular lo sombrío que es el porvenir: la nuclearización del planeta, el crecimiento de la riqueza en los países desarrollados al mismo tiempo que la emergencia de una crisis social muy fuerte, el refuerzo de la manipulación cultural y de mediación, el acrecentamiento de la miseria en los países del Tercer Mundo. A raíz de todo esto, se cierne una gran amenaza sobre el futuro; y verdad es que, como lo pusieron de manifiesto Barrington Moore y Hannah Arendt, la miseria y la crisis social no favorecen de ningún modo la implantación de costumbres democráticas.

Pero lo importante es confiar en el porvenir; la democracia sólo acertará si se articula en un proyecto de transformación de la sociedad, si se opone de frente a la miseria, a la dominación, y sobre todo si es obra de las propias masas.